

## La antropología relacional-dialógica de Romano Guardini (1885-1968)

En 1904, Guardini se vio alejado, a sus 19 años, de la vida de la fe cristiana, en parte debido a una desorientación intelectual. Durante las vacaciones conversó ampliamente con un joven amigo, Karl Neundörfer, clarividente en cuestiones del espíritu, y se entregó a lecturas selectas. Una frase del Evangelio le permitió adivinar la energía y riqueza que alienta en la Buena Nueva: “*Quien quiera salvar su alma la perderá; quien la dé la salvará*” (Mt. 10, 39). Pero ¿darla a quién?, se preguntó Guardini. No a Dios directamente - se respondió a sí mismo-, “pues, cuando el hombre pretende arreglárselas solo con Dios, dice ‘Dios’ y está pensando en él mismo”.

*“Tiene que haber una instancia objetiva –agrega– que pueda sacar mi respuesta de los recovecos de mi autoafirmación. Pero sólo existe una instancia así: la Iglesia Católica, con su autoridad y precisión. Entonces sentí como si todo -realmente ‘todo’ mi ser- estuviese en mis manos, como en una balanza en equilibrio: ‘Puedo inclinarla hacia la derecha o hacia la izquierda. Puedo dar mi alma o conservarla...’. Y la hice inclinarse hacia la derecha. El momento fue completamente silencioso; no consistió ni en una sacudida ni en una iluminación, ni en ningún tipo de experiencia extraordinaria. Fue simplemente que llegué a una convicción: ‘Es así, (...) ¡así debe ser!’”<sup>1</sup>.*

Esta convicción básica orientó a Guardini hacia una concepción abierta, relacional-dialógica, de la persona humana y a una idea correlativa de la formación. Vamos a analizar sus puntos decisivos a la luz de la teoría de los niveles de realidad y de conducta, inspirada en el descubrimiento de los “ámbitos”<sup>2</sup>. Enmarcaremos, con ello, el pensamiento antropológico guardiniano en una especie de coordenadas que permitan delimitar de forma precisa sus líneas maestras. Quedará, así, diseñado una especie de *mapa de la vida personal* que nos permita determinar fácilmente si nos hallamos en una fase de crecimiento o en una de destrucción.

### La lógica de la vida personal

A la luz que irradia la frase evangélica antedicha, Guardini entrevió que la vida personal tiene una lógica propia que debemos conocer en pormenor y asumir con la mayor decisión. Esta actitud receptiva supone la aceptación de uno mismo, de su condición personal finita y todas sus implicaciones<sup>3</sup>. De ahí el empeño de Guardini por determinar qué significa ser persona y cuál es su verdadero alcance.

En la juventud sentimos asombro al descubrir que somos sujetos autónomos de pensamientos y acciones. Podemos reflexionar, poner frente a nosotros cuanto nos rodea, incluso los seres a los que debemos la existencia. Por eso usamos el pronombre “yo” al expresar nuestras decisiones: “Yo pienso de esta forma y he decidido hacer esto o

<sup>1</sup> *Apuntes para una autobiografía*, Encuentro, Madrid 1992, págs. 99-100.

<sup>2</sup> Sobre la teoría de los niveles pueden verse mis obras: *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid <sup>4</sup>2003; *La defensa de la libertad en la era de la comunicación*, PPC, Madrid 2004, págs. 79-151; *El secreto de una vida lograda*, Encuentro, Madrid <sup>2</sup>2004.

<sup>3</sup> Véase su obra *La aceptación de sí mismo*, Cristiandad, Madrid <sup>6</sup>1983. Versión original: *Die Annahme seiner Selbst*, Grünewald, Maguncia <sup>2</sup>1990 (junto con *Den Menschen erkennt nur wer von Gott weiss*).

aquello...”. Sólo al madurar, a base de experiencias y estudios, reconocemos que, precisamente por ser un “yo”, no podemos considerarnos como el único centro de nuestra vida, antes debemos abrirnos a otras realidades que presentan esa misma característica. Al instalarnos dinámicamente en el espacio abierto por ambos centros, nos sentimos verdaderamente “centrados”. Yo entro en mi verdadero ámbito personal cuando no me recluyo en mí mismo, antes me abro activamente a otras personas, dotadas también de poder de iniciativa. Para resolver esta aparente paradoja –y otras afines que constituyen la *lógica de la vida personal*– se esforzó Guardini por configurar una “teoría del contraste”<sup>4</sup>.

*“Parece una paradoja –escribe-, pero en realidad es la expresión exacta de una actitud básica del ser humano (...). La propia identidad, la afirmación viviente en el propio ser no es algo rígido y terminado. No se la logra recluyéndose en el dominio inmediato de sí mismo, afirmándose en él y operando a partir de él. Es, más bien, algo elástico, incluso dialéctico. Sólo se la puede conseguir mediante un acto en el cual parece perderse. El hombre no tiene consistencia cuando vive en sí mismo y para sí mismo sino cuando se halla ‘abierto’, cuando se arriesga a salir hacia lo otro, sobre todo hacia el otro. (...) El hombre llega a ser él mismo cuando renuncia a sí mismo. Pero esto no por adoptar una actitud superficial o por entregarse al vacío de la existencia sino por entregarse a algo que merece que uno se arriesgue a perderse a sí mismo por ir en esa dirección”<sup>5</sup>.*

Si queremos fundamentar bien esta posición, debemos resaltar otra de las características de la *lógica de la vida personal*, que pertenece al *nivel 2* de realidad<sup>6</sup>. Si pienso que mi verdadero centro personal viene dado por mi yo -con la capacidad de volverme sobre mí y tomar posición ante cuanto me rodea-, tiendo a pensar que *salir de mí* equivale a aventurarme en terreno externo, extraño, ajeno, posiblemente hostil. En cambio, si asumo que al aislarme dentro de mí me desciento porque mi modo de ser es *relacional* desde su origen -ya que, para existir, hube de ser llamado por mis padres a compartir la vida con ellos-, entiendo el *salir de mí* como el *entrar en el ámbito de cuanto implico como persona*.

Una mirada penetrante observa que los verbos *salir* y *entrar* son inadecuados para describir los acontecimientos propios del *nivel 2*, en el cual se supera la escisión entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior, lo exclusivamente mío y lo cerradamente tuyo. Cuando intento unirme a una realidad cerrada -como son los meros objetos, realidades pertenecientes al *nivel 1*-, observo que no sólo es distinta de mí, sino que permanece

<sup>4</sup> Cf. *El contraste. Ensayo de una filosofía de lo viviente concreto*, BAC, Madrid 1996. Versión original: *Der Gegensatz. Versuch einer Philosophie des Lebendig Konkreten*, M.Grünewald, Maguncia 1925, <sup>3</sup>1985. Una exposición amplia de la teoría del contraste puede verse en mi obra *La verdadera imagen de Romano Guardini. Ética y desarrollo personal*, Eunsa, Pamplona 2001, págs.173-240.

<sup>5</sup> Cf. R. Guardini y O. f. Bollnow: *Begegnung und Bildung*, Werkbund, Würzburg 1956, p. 20.

<sup>6</sup> Como he escrito en otros lugares (por ej., en *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid <sup>2</sup>2004), toda realidad que nos ofrece ciertas posibilidades es una realidad “abierta”, no un “objeto cerrado”. La llamo, por ello, “ámbito de realidad” o, sencillamente, “ámbito”. Los objetos podemos poseerlos y manejarlos para nuestros fines. A este tipo de realidades manejables y a nuestra actitud de posesión, manejo y disfrute los considero –por mor de la claridad- como de *nivel 1*. Las realidades abiertas o ámbitos reclaman de nosotros una actitud de respeto, estima y colaboración. Este tipo de realidades y la actitud adecuada a ellas constituyen el *nivel 2*. En este nivel se dan las experiencias creativas, en las cuales recibimos activamente las posibilidades que nos ofrecen los ámbitos y damos lugar a algo nuevo dotado de valor.

siempre distante, externa, extraña, ajena. No logro convertirla en íntima, porque no me ofrece posibilidades creativas que yo pueda asumir activamente. En cambio, si me dirijo a una realidad abierta y asumo activamente las posibilidades que me otorga, creo con ella un campo de juego común, en el cual despliego el área de mi yo, me expando como persona, me “ambitalizo” más y más. No *salgo de mí* cuando me uno a otras realidades que, por ser ámbitos, tienen cierto poder de iniciativa, en cuanto ofrecen unas posibilidades y pueden recibir otras. Me *adentro en mi verdadero ser*, que es más un “nudo de relaciones” -como solía decir Antoine de Saint-Exupéry<sup>7</sup>- que un objeto bien delimitado. Se trata de una *unidad de participación*, que ostenta una elevada fecundidad.

Las condiciones que presenta una persona por ser un “yo” -capacidad de reflexión, independencia para pensar, desear, proyectar, decidir frente al entorno...- indican un alto rango en la escala de los seres, y esa excelencia se traduce en energía para vincularse de tal modo a realidades distintas, distantes, externas y extrañas que las convierte en íntimas sin dejar de ser distintas. Con ello, no sólo evita perderse, enajenarse o alienarse, sino que afirma su identidad personal y la enriquece.

El hecho de que la persona se logre, como tal, al salir de sí no resulta *paradójico* sino *perfectamente lógico* cuando nos movemos en el *nivel 2*, que es el propio del encuentro, forma de vinculación en la que se da un nexo singular entre lo interior y lo exterior, el entrar en sí y el salir de sí. Al intuir esto, Guardini afirma que el concepto de “formación humana” (entendido como *Bildung*, desarrollo interno de las potencialidades de la persona) debe ir unido al de “encuentro” (*Begegnung*, vinculación a realidades externas que se convierten en íntimas)<sup>8</sup>.

De lo antedicho se infiere que la relación deja de ser vista como un mero accidente y adquiere un valor ontológico destacado.

“La persona -escribe el fenomenólogo alemán August Brunner-, en cuanto se relaciona esencialmente con otras personas, es relación sustancial o bien sustancia relacionada. Sólo ella es capaz de relaciones, en el sentido fuerte del término, capaz, merced a su poder de iniciativa, de adelantarse a los demás. Porque semejante transferencia de su ser supone la perfecta posesión de sí, ser verdaderamente un sí mismo. Tales relaciones no son en modo alguno imperfecciones, y la relación no se reduce al ser más débil entre las categorías ontológicas”<sup>9</sup>.

La persona es una realidad dotada de la capacidad de tejer y destejer ámbitos dentro de la trama de ámbitos que constituye su entorno vital. Al hacerlo, no sólo acumula ciertos actos en su haber; configura esa *segunda naturaleza* que los griegos llamaban *êthos*. Su actividad creadora de relaciones transfigura su propio ser. Este tipo de realidad que se autoposee a medida que configura su modo de realidad creando relaciones con los ámbitos del entorno muestra un tipo de solidez muy superior al de las realidades cerradas en sí mismas, como es la roca. Este *autoposeerse al trascender* es propio de un ser espiritual.

Frente al “personalismo actualista” de Max Scheler, Guardini subraya que la persona se realiza como tal al crear y vivir relaciones con otras personas, vistas como centros de iniciativa personal -por tanto, como otros tantos “tú” para ella-, pero no se reduce a una cadena de relaciones. La persona muestra un modo de ser sustante, firme, permanente, que tiene el poder y el deber de polarizarse en dos centros: el *yo* y el *tú*

<sup>7</sup> “El hombre no es más que un nudo de relaciones. Sólo las relaciones cuentan para el hombre”. (*Piloto de guerra*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires 1958, p. 147. Versión original: *Pilote de guerre*, Gallimard, París 1942, p. 154.

<sup>8</sup> Véase la obra, ya citada: *Begegnung und Bildung*.

<sup>9</sup> *La personne incarnée*, Beauchesne, París 1947, p. 226.

(entendido, de modo amplio, como las personas del entorno que uno trata y los ámbitos de realidad con los que entra en relación activa). Guardini se esfuerza por ensamblar la solidez del ser personal y su carácter relacional:

*“¿Necesita, pues, la persona de la otra persona para poder ser ella misma? Se ha puesto de manifiesto que la persona se actualiza en la relación yo-tú, pero no surge de ella. El Personalismo actualista afirma, es verdad, que no existe la persona como un ser en reposo; que consiste sólo en actuar como un yo y se la capta únicamente cuando se participa en una relación de simpatía. Esta idea se contrapone a la que equipara persona e individuo y reduce, así, la persona a objeto. Ambas concepciones se hallan en dependencia dialéctica y disuelven la realidad. En verdad, la persona no es sólo **dynamis** sino también **ser**; no sólo **acto** sino también **forma** (‘Gestalt’). No surge en el encuentro; sólo se actualiza en él. Ciertamente, depende del hecho de que existan otras personas. Sólo tiene sentido si hay otras personas con las que pueda encontrarse. Si el encuentro se da de hecho es otra cuestión (...). Aquí se trata del hecho ontológico de que, por principio, la persona no existe a solas. Podemos expresar también este dato objetivo diciendo que el hombre se halla esencialmente en diálogo. Su vida espiritual está orientada a ser compartida”<sup>10</sup>.*

Aunque esté solo, el hombre no pierde su condición personal. Pero la soledad suele ser para él triste, por suponer falta de comunicación, de la apertura al diálogo exigida por su mismo ser.

*“Este ser-yo es una condición del ser humano, por estar éste determinado por el espíritu. Pero se hace real únicamente en el tú. Cuando uno se encuentra con el yo del otro y crea con él esa relación que se denomina amistad, amor, fidelidad, responsabilidad, comunidad de personas y cosas, su yo se convierte para él en un ‘tú’. Es una relación completamente distinta de la que funda con un mero objeto (...)”<sup>11</sup>.*

La persona se nos presenta como una *realidad misteriosa*, que “provoca una y otra vez el asombro existencial”<sup>12</sup>: ensambla diversos niveles de realidad –cuerpo y espíritu, sensibilidad e inteligencia, fuerzas instintivas y energías procedentes del ideal...-; es un ser delimitado y abierto a la par; necesita relacionarse con el entorno pero mantiene en todo momento las riendas de su actividad, porque “soy un yo, que no puedo ser expulsado de mí ni por mi enemigo más fuerte, sino sólo por mí y ni siquiera del todo por mí; que no puedo ser sustituido ni por el hombre más noble; que soy el centro de la existencia, pues yo soy así, y tú también, y el de más allá (...)”<sup>13</sup>.

El hombre siente a menudo el peso de su condición personal; intenta bajar a los estratos inferiores de su ser, para mitigar su responsabilidad; se lanza al torrente de lo percedero, para ensayar formas de vida que nacen y mueren; se entrega a formas de trabajo cambiantes, al halago de las gratificaciones banales... Pero una vez y otra debe reavivar la

---

<sup>10</sup> *Welt und Person*, Werkbund, Würzburg, 1950, págs. 106-107. Versión española (no muy lograda): *Mundo y persona*, Encuentro, Madrid 2000, págs. 116-117. Véase, asimismo, *Ética, Lecciones en la universidad de Munich*, BAC, Madrid 1999, p. 186; *Ethik, Vorlesungen an der Universität München*, M. Grünewald, Maguncia <sup>2</sup>1994, p. 239.

<sup>11</sup> La existencia del cristiano, BAC, Madrid 1997, p. 316.

<sup>12</sup> Cf. *Welt und Person*, p. 101 (*Mundo y persona*, p. 111).

<sup>13</sup> *Welt und Person*, p. 100 (*Mundo y persona*, p. 110).

conciencia de que es un yo: “hecho duro, magnífico, terrible, configurador de nuestro destino, fundador de responsabilidad, y que confiere a todo su brillo y su gravedad”<sup>14</sup>.

*“Si digo: ‘La idea debe triunfar, no yo; el ser amado debe vivir, no yo’, en estas frases de desprendimiento de mí mismo resalta el hecho de que soy justamente yo quien las pronuncia. Sólo el yo puede ser desprendido. Y que precisamente en el desprendimiento llegue el yo no sólo a su plenitud sino a su identidad personal auténtica constituye una ley fundamental de la existencia humana (...)”<sup>15</sup>.*

Vista en conjunto esa realidad compleja, abierta y compacta a la vez, sometida a mil condicionamientos pero capaz en definitiva de asumir su destino con la autonomía que le da su conciencia de ser un yo, Guardini no vacila en afirmar que su característica básica y definitoria es la de “poseerse a sí misma”, en el sentido de ser responsable de sus actos, insustituible, incanjeable, irrepetible, sujeto de derechos y deberes, única en el mundo. Por eso estima que no tiene sentido sumar *personas*, a no ser que se las considere, a efectos de control, como meros *individuos*<sup>16</sup>.

### La relación de encuentro

Para comprender de forma precisa la riqueza de la persona, Guardini se esfuerza por determinar las realidades a las que debe unirse. En primer lugar destaca las personas, y analiza en pormenor el fenómeno central del encuentro. Si queremos establecer una verdadera relación de encuentro personal, hemos de crear una relación *reversible*, bidireccional, respetuosa de la capacidad de iniciativa que tiene el otro. La relación “sujeto–objeto” debe ser sustituida por la relación “yo–tú”. En el encuentro llevamos a pleno logro nuestra condición de “seres relacionales”. En él creamos un *campo de juego dialógico* que constituye el “nosotros”. Por eso, al vivir un verdadero encuentro, tenemos la sensación de haber llegado a una meta y experimentamos un sentimiento de plenitud y, consiguientemente, de felicidad.

Esta fecundidad del encuentro nos plantea, para darse, muy precisas y exigentes condiciones, que puede condensarse en una fundamental: elevarnos al *nivel 3*. Si el *nivel 2* es el de la creatividad y del encuentro entre ámbitos, el *nivel 3* supone la opción incondicional por los grandes valores: la verdad, la bondad, la unidad, la justicia, la belleza. Guardini destaca insistentemente la necesidad humana de *ob–ligarse* a esos altísimos valores, es decir, vincularse a ellos libre y lúcidamente en lo más profundo del ser.

*“Sólo en la realización de la verdad –escribe– alcanza la persona su sentido, porque está referida por naturaleza a la verdad. Existe para la verdad, como posibilidad permanente de realizarla. La persona sólo puede existir si existe la verdad, pues sólo es pensable un ser que se autoposee si se conoce a sí mismo. Por eso también es la persona responsable de la verdad, del mismo modo que tiene en ella su apoyo y su amparo. La persona y la verdad están vinculadas de raíz. Existe una contraprueba de ello: la actitud que niega la persona niega también, si actúa en serio, la verdad. Por ejemplo, todo sistema totalitario, empeñado en destruir la persona y hacer del hombre una simple célula del Estado (...), tiene que procurar también acabar con la verdad, porque, al atenerse a ella, la persona se reafirma una y otra vez”<sup>17</sup>. “Sin el bien, la persona no puede en absoluto existir. Su relación con él –a la vez que con la verdad– es la forma esencial de su constitución y su conducta. Personalidad significa, esencialmente, estar referido al bien”<sup>18</sup>.*

<sup>14</sup> *Welt und Person*, p. 101 (*Mundo y persona*, p.111).

<sup>15</sup> *Welt und Person*, p. 101 (*Mundo y persona*, p. 111).

<sup>16</sup> *Welt und Person*, p. 99 (*Mundo y persona*, p. 109).

<sup>17</sup> *Ética*, págs. 160-161; *Ethik*, p. 203.

<sup>18</sup> *Ética*, p. 162; *Ethik*, p. 205.

La convicción de que el “elemento” propio de la vida personal –regida, en definitiva, por el espíritu, como instancia integradora de todas las energías que alberga la persona<sup>19</sup>– viene dado por los valores de la verdad, el bien, la justicia, la belleza, la libertad creativa, el amor... lleva a Guardini a subrayar que el espíritu –y con él, la persona entera– enferma cuando se aleja de esas fuentes de vida. El espíritu del hombre enferma “cuando deja de lado la verdad”, “se aleja de la justicia”, “abandona el amor”<sup>20</sup>.

*“...El espíritu tiene una especial relación con la verdad, el bien, la justicia. (...) El espíritu vive porque es capaz de conocer la verdad, querer el bien, hacer lo que es justo. Cuanto más ejercita esta capacidad, más rica y pura es su vida”<sup>21</sup>.*

Cuando nos movemos en esa atmósfera propicia para la vida del espíritu -*nivel 3*-, estamos en disposición de cumplir exactamente las otras condiciones del encuentro: la generosidad, la apertura veraz y confiada, la cordialidad y fidelidad, la comunicación afectuosa, la participación en actividades nobles, el respeto... Notemos, respecto a esta última condición, que se trata de una actitud que nos lleva a *unirnos guardando las distancias* a fin de evitar *fusionarnos para perdernos* o *alejarnos para dominar*. En el *nivel 2* nadie desea dominar a nadie, sino colaborar en condiciones de igualdad, a fin de enriquecerse mutuamente. Guardini se cuidó de subrayar la necesidad de mantenernos *cerca a cierta distancia*:

*“La filosofía actual tiende a rechazar la contraposición de sujeto y objeto. Bien es verdad que tuvo lugar aquí un excesivo mecanicismo, pero no debemos dejarnos arrastrar por una moda. Pues no es menos cierto que la contraposición, la distancia, la posibilidad de ver a lo lejos y de acercarse son algo esencial a nuestra relación con el mundo. Sin ello desaparece el fenómeno del encuentro”<sup>22</sup>. “Las raíces del ser están en el corazón, en la actitud íntima, dictada por el núcleo personal del ser humano respecto a las demás personas y a los seres existentes en general (...)”<sup>23</sup>. “Este amor no empieza con la ambición, sino con la reverencia. Su primer acto no es de aproximación sino de distanciamiento. Por eso renuncia a hacer del amado una pieza del propio entorno, y le deja espacio libre para desarrollar su existencia propia (...)”<sup>24</sup>.*

Todo encuentro auténtico implica una relación de presencia, y ésta no se logra ni con la mera inmediatez ni con la mera distancia, sino con la integración de ambas. Tomadas a solas, la inmediatez degenera en fusión, y la distancia en alejamiento. La fusión es una forma de unión perfecta en el *nivel 1*, el de los objetos y el manejo de los mismos; es sumamente negativa en el *nivel 2*, porque anula la identidad de quienes se unen. Ensamblando la inmediatez con la distancia, surge la forma más perfecta de unión: la *presencia*<sup>25</sup>.

<sup>19</sup> En la línea de Guardini, escribe M. Schmaus: “*Persona no es el espíritu, sino todo el hombre, pero merced a su condición espiritual*” (*Katholische Dogmatik*, Munich 1953-1958, II, 1, p. 336).

<sup>20</sup> Cf. *Welt und Person*, págs. 96-98 (*Mundo y persona*, págs. 106-108). Véanse, asimismo, *La existencia del cristiano*, BAC, Madrid 1997, p. 112 (versión original: *Die Existenz des Christen*, F. Schöning, Paderborn 1976); *El poder*, Cristiandad, Madrid 1982, págs. 77, 112, 117, 123 (Versión original: *Die Macht*, Werkbund, Würzburg 1957).

<sup>21</sup> *Ética*, p. 144 (*Ethik*, p. 180)

<sup>22</sup> *Begegnung und Bildung*, Werkbund, Würzburg, 1956, p. 13.

<sup>23</sup> Recuérdese que, para Guardini, las categorías fundamentales del ser humano son dos: *arriba* (lo elevado y valioso) y *dentro* (lo íntimo). Cf. *Welt und Person*, págs. 30 ss (*Mundo y persona*, págs. 38 ss).

<sup>24</sup> *Die Sinne und die religiöse Erkenntnis*, Werkbund, Würzburg 1958, p. 30. Versión española: *Los sentidos y el conocimiento religioso*, Cristiandad, Madrid 1965.

<sup>25</sup> Este importante tema lo analizo en dos obras: *El triángulo hermenéutico*, Madrid 1971, págs. 59-115; *Inteligencia creativa*, BAC, Madrid 2003, págs. 160-165.

## La relación yo-tú y el lenguaje

Al entrar en relación de presencia, se trata a la otra persona como un *tú*. Para comprender el alto rango de esta relación, debemos esmerarnos en distinguir de forma precisa los diversos modos de unión que podemos establecer con el entorno. Si reparamos en que, al subir al *nivel 2*, experimentamos una transformación y una liberación, descubrimos la posibilidad de fundar modos de unión muy valiosos -desconocidos en el *nivel 1-*, por cuanto en ese plano de la creatividad se supera la escisión entre el dentro y el fuera, lo interior y lo exterior<sup>26</sup>.

Guardini intuye que la necesidad de vivir dinámica y creativamente entre dos centros -yo y tú- se funda en la condición *relacional* del cosmos. Conviene ampliar esa intuición. “*La materia* -escribe el físico atómico canadiense Henri Prat- *no es más que energía ‘dotada de forma’, informada; es energía que ha adquirido una estructura*”<sup>27</sup>. En la misma línea escribe el físico inglés A. S. Edington: “*Dadme un mundo -un mundo con relaciones- y crearé materia y movimiento*”<sup>28</sup>. Podemos decir que la sólida existencia de todas las realidades del universo arranca de su condición energética y relacional. Las relaciones cobran más valor a medida que subimos en la escala de los seres. Las plantas crean formas de unidad para polinizarse, y los animales se aparean para propagar la especie. Ambos lo llevan a cabo a impulsos de un principio interior, que los une a la realidad y los compromete con ella. El hombre no sólo debe aceptar esas formas de unidad que le vienen fijadas por la naturaleza; ha de crear libre y lúcidamente nuevas formas de unirse a los seres del entorno. Por eso no se reduce a aparearse y cuidar las crías; está llamado a *crear* relaciones de encuentro y vida familiar. No sólo *siente pasión; se enamora*. Estamos ante un salto cualitativo.

Esta explicación solía ser calificada, por los años en que Guardini diseñó su antropología filosófica, como un procedimiento “de abajo arriba” (*von unten her*). En la línea defendida entusiásticamente por Theodor Haecker<sup>29</sup>, Guardini prefería pensar al hombre “de arriba abajo” (“*von oben her*”). Por eso hizo suya la idea teológica ya destacada por otros pensadores (entre ellos, Ferdinand Ebner) de que Dios creó las cosas *mandándoles existir*, y al hombre, *llamándole por su nombre a la existencia*<sup>30</sup>. Con ello convierte al hombre en su *tú* y se convierte a sí mismo en el *Tú* del hombre. Al ser fruto de una *llamada*, el ser humano adquiere un riguroso carácter *verbal, dialógico*.

“*Dios me creó -escribe-, pero no como un objeto (...). Me creó al llamarme a ser su tú. Ahora bien, la respuesta a la llamada consiste en que yo sea el que El me llamó a ser y realice mi vida jugando el papel de ‘tú’ respecto a El. (...) Esta relación*

<sup>26</sup> Sobre esta cuestión puede verse mi obra *El secreto de una vida lograda*, Palabra, Madrid 2003, págs.43 ss.

<sup>27</sup> *L’espace multidimensionnel*, Les Presses de l’Université de Montréal, Montréal 1971, p. 15.

<sup>28</sup> *Space, time and gravitation*, Cambridge 1920, p. 202.

<sup>29</sup> Véase, por ejemplo, su obra *¿Qué es el hombre?*, Ediciones Guadarrama, Madrid <sup>2</sup>1966, págs. 143, 151. “En la Revelación -escribe- está implícita una respuesta, mayestáticamente corta, a la pregunta ‘¿Qué es el hombre?’. La respuesta dice que el hombre es *imago Dei*, por haber sido creado a su imagen y semejanza” (*O. cit.*, p. 157).

<sup>30</sup> *La existencia del cristiano*, págs. 179, 467. *Welt und Person*, págs. 28, 113 (*Mundo y persona*, págs. 36, 123). “Mediante la palabra (Dios) creó y llamó a la vida lo que hay de espiritual en el hombre”. “Dios creó al hombre mediante la palabra, y la humanidad auténtica del hombre continuará siendo creada por la palabra de Dios hasta el fin del mundo. Dios, que es amor, se hizo hombre en Jesús, llamado la ‘Palabra’ en el Evangelio de Juan, para arrancar al hombre del peligro de su ‘des-realización’ espiritual y revelarle el sentido de su existencia. Porque el espíritu del hombre, en su indigencia, no pregunta por nada más que por el ‘sentido de la vida’ “ (Ferdinand Ebner: *La palabra y las realidades espirituales*, Caparrós, Madrid 1993, págs. 65, 185; *Das Wort und die geistigen Realitäten*, Herder, Viena, 1952, págs. 74, 230).

*constituye la verdad de mi ser, así como el fundamento de mi realidad. Un pensamiento se vuelve falso, un sentimiento se torna injusto y una obra se malogra en la medida en que se salen de esta relación o se rebelan incluso contra ella*<sup>31</sup>.

De aquí arranca el interés constante de Guardini por ahondar en el sentido originario del lenguaje. El lenguaje auténtico tiene como función primaria servirnos de vehículo para fundar vínculos personales, no de mero medio para comunicarnos. Esta última es una función importante, pero derivada. Dicho con espíritu de acogimiento amoroso, el lenguaje funda la relación yo-tú. Tal relación constituye la raíz de la vida espiritual humana. Lo expresa Guardini, en clara afinidad con F. Ebner y Th. Haecker<sup>32</sup>:

*“... El hombre se encuentra esencialmente en diálogo. Su vida espiritual está orientada a ser compartida. (...) Aquí se indica algo que radica en la esencia de la existencia espiritual misma: el hecho de que la vida espiritual se realiza esencialmente en el lenguaje”*<sup>33</sup>.

Por ser autónoma, la persona no está cerrada en sí; no rehuye salir de sí en dirección al tú. La tendencia a salir hacia los demás constituye el rasgo propiamente espiritual de toda persona. Como el espíritu tiene poder *creador* de relaciones de encuentro, y en éstas se supera la escisión entre el interior y el exterior, el dentro y el fuera, cuando una persona sale hacia otra no sale de sí; entra en su verdadero ser, logra su plena identidad. Todo esto -el yo y el tú, la relación entre ambos, la superación de la escisión dentro-fuera, interior-exterior...- se expresa en el lenguaje dicho con amor, con voluntad de crear una relación de encuentro, por ejemplo al decir sencillamente: “¡Te quiero!”

Para comprender con nitidez la relación que subraya Guardini entre el lenguaje y la creación de vínculos con el tú se requiere vincular la teoría de los ámbitos y la de los niveles de realidad. Cada ser humano es un *ámbito* y vive rodeado de seres *ambientales*, dotados de poder de iniciativa. Sus padres crearon una relación amorosa y lo llamaron a compartir una vida de interrelación en el hogar. Su existencia debe ser un acto de respuesta agradecida a esa llamada generosa. Tal respuesta la da cuando crea relaciones entre ámbitos y da, así, origen a diversas tramas de ámbitos. Como todo ámbito carece, por definición, de límites precisos y se halla abierto creativamente a otros, tiene un carácter difuso, más parecido a un *campo de realidad* que a un *objeto delimitable*. Para delimitarlo en alguna medida necesitamos el lenguaje. El lenguaje adensa los ámbitos, los vínculos entre ámbitos, las tramas de ámbitos. Al decir un joven a una joven “te quiero”, el ámbito difuso de atracción y afecto que se había ido tejiendo entre ellos cobra un sentido preciso, inequívoco, aunque sea un ámbito de límites inasibles<sup>34</sup>.

El lenguaje, dicho con afecto, es una fuente de luz y conocimiento que no sólo condensa el legado de la tradición familiar y social sino que da origen a nuevos sentidos. El lenguaje es un campo no sólo de múltiples *significados* sino de *sentido*, de afectos, anhelos e intuiciones. En esa trama de conocimientos es insertado el niño al nacer y ser apelado por

<sup>31</sup> *La existencia del cristiano*, págs. 179, 467.

<sup>32</sup> “*La palabra* -escribe Ferdinand Ebner- ‘creó’ la autoconciencia y la vida espiritual del hombre en su realidad”. “*En la palabra está la clave para acceder a la vida espiritual*”. “*Claro que a pocas personas se les ha concedido el don de que en su palabra se halle latente la fuerza del espíritu de tal modo que, al hablar de Dios, lo hagan inmediatamente presente a quienes las oigan*” (*Das Wort und die geistigen Realitäten*, Herder, Viena 1952, págs. 50, 71, 220; *La palabra y las realidades espirituales*, Caparrós, Madrid 1993, págs. 45, 62, 178).

<sup>33</sup> *Welt und Person*, p. 107 (*Mundo y persona*, p. 117).

<sup>34</sup> Sobre los distintos poderes del lenguaje y la función que ejerce en la vida humana puede verse mi *Inteligencia creativa*, págs. 204 ss.



sus allegados. Nacemos acunados espiritualmente por el lenguaje. A todo esto aludimos al afirmar que “somos seres locuentes”<sup>35</sup>, los únicos en todo el inmenso y admirable universo.

*“El lenguaje -escribe Guardini- no sólo constituye un medio mediante el cual se comunican acontecimientos, sino que la vida y la actividad espirituales se realizan ellas mismas en el lenguaje. El pensamiento no es un acto pre-verbal del espíritu que sólo después, en virtud de una decisión o una intención especial, se manifiesta en palabras, sino que tiene lugar, desde el comienzo, en forma de lenguaje interior. El lenguaje no es un sistema de signos de entendimiento por medio del cual entran en comunicación dos mónadas; es el ámbito de sentido en que todo hombre vive. Es una conexión de formas de sentido determinables por leyes supraindividuales. En ella nace el hombre y por ella es formado. Es un todo independiente del individuo, en el cual éste colabora de algún modo según su capacidad. En este mundo de formas de sentido vive el hombre. (...) Hablar, en rigor, no puede uno consigo mismo, sino sólo con otra persona; (...) impulsa, por tanto, a establecer la relación yo-tú. En este sentido, el lenguaje significa el proyecto previo para la verificación del encuentro personal”*<sup>36</sup>.

Si cuanto pensamos tiene carácter relacional, nuestro pensamiento debe ir vinculado necesariamente a la palabra. Al ser *relacional* en sí misma, la palabra implica *silencio*, visto -no como mera falta de palabras- sino como la capacidad de atender, a la vez, a diversas realidades confluyentes, o diferentes aspectos de una misma realidad. Digo *pan* con espíritu silencioso, recogido, y pienso en todas las realidades que han debido confluír para dar lugar al prodigio que es una espiga de trigo que brota y madura en el campo. La palabra está en la raíz de nuestra vida concreta, porque somos seres relacionales, ambitales. Los huérfanos que -por disposición de Federico II de Hohenstaufen- no recibieron de sus cuidadores ni una palabra ni un gesto expresivo alguno acabaron muriendo, a causa sin duda del desamparo, pues el lenguaje nos acoge, nos permite centrarnos como personas al abrírnos a nuestro segundo centro: el tú y la trama de ámbitos de nuestro entorno<sup>37</sup>.

El lenguaje es indispensable para un ser relacional, como el ser humano. Lo necesita porque proviene de una llamada -inspirada por un encuentro amoroso, expresado en una palabra de compromiso cordial- y está llamado a crear nuevos encuentros dentro de una trama complejísima de ámbitos. Si vemos las realidades como *ámbitos*, con toda su complejidad de relaciones, hemos de considerar el lenguaje como el indispensable medio en que podemos vivir como personas, ya que los estímulos no nos bastan para regir nuestra existencia. Por eso un lenguaje empobrecido depaupera nuestra vida, y un lenguaje corrompido acaba destruyendo nuestra mente y nuestra persona. El lenguaje dicho con espíritu de acogimiento y amor es el “elemento” natural en que germina y se desarrolla la vida personal del hombre, que hoy es definido por la más cualificada Biología como un “ser de encuentro”, un ser dialógico<sup>38</sup>.

## **El conocimiento de las demás personas**

<sup>35</sup> Nótese que los términos “locuente”, “elocuente”, “locuaz”, “locutorio” y otros afines proceden del verbo latino “loqui” (hablar).

<sup>36</sup> *Welt und person*, p. 107 (*Mundo y persona*, págs. 117-118). Véase, asimismo, *La existencia del cristiano*, p. 64: “La persona se realiza en la configuración y puesta en práctica de la relación yo-tú, es decir, en el encuentro humano y en cuanto de él se deriva: las distintas implicaciones sociológicas. Estos procesos encuentran su expresión más propia en el lenguaje. El lenguaje es el ámbito en el cual la relación yo-tú se comprende a sí misma, reflexiona sobre sí, da testimonio de sí. Esto nos remite a la importancia absolutamente trascendental del lenguaje (...)”.

<sup>37</sup> Cf. R. Guardini: *Welt und Person*, p. 108 (*Mundo y persona*, p. 118); *Ethik*, p. 235; *Ética*, p. 183.

<sup>38</sup> Cf. Juan Rof Carballo: *Urdimbre afectiva y enfermedad*, Labor, Barcelona 1961; *Violencia y ternura*, Prensa Española, Madrid 1977; *El hombre como encuentro*, Alfaguara, Madrid 1973; Manuel Cabada Castro: *La vigencia del amor*, San Pablo, Madrid 1994.

Guardini muestra especial empeño en descubrir los distintos modos en que podemos unirnos a los seres del entorno, singularmente a las demás personas. Para adivinar su intención de largo alcance debemos advertir que la unión que podemos lograr, en el *nivel 1*, con los objetos es muy superficial, meramente tangencial. Con un objeto no podemos realizar una experiencia *reversible*, de doble dirección. Ello es posible, en cambio, con los diversos tipos de ámbitos que tejen nuestro entorno vital: un poema, una obra musical, una persona, una institución...(*nivel 2*). Al asumir activamente las posibilidades que nos ofrecen y convertirlas en principio de nuestro obrar, convertimos esas *realidades abiertas* en *íntimas* y las conocemos por dentro, pues se nos vuelven transparentes. En el *nivel 2* creamos formas de unión y conocimiento entrañables, pues superamos la división de sujeto y objeto, la escisión de lo interior y lo exterior, y formamos un *campo de juego* común, que es un *campo de iluminación*<sup>39</sup>. La luz le viene al juego *de dentro*, como observamos al crear jugadas en un deporte o formas en una experiencia artística. Al aprender una obra musical, es la obra misma la que nos guía, nos invita a serenar el *tempo* o acelerarlo, frasear de una u otra forma, resaltar algún pasaje..., a fin de lograr su plena expresividad.

Guardini adivina todo esto, sin llegar a sistematizarlo, cuando aborda el tema del conocimiento profético y el de la inhabitación de Dios en el hombre justo, por ejemplo en el Pablo convertido camino a Damasco.

*“El otro ser humano -escribe- no me es accesible sin más. Tengo que percibir su interior a través de las distintas formas de expresión; mientras esto no me es posible, constituye para mí un enigma. El intento de forzar el acceso directo a él sería fantástico, mágico, y, en todo caso, un engaño. Para aquel de quien se ha apoderado el espíritu, el otro se muestra abierto. En el estado profético, el interior y el exterior se resuelven en pura presencia, sin que por ello quede afectada la dignidad de la persona”*<sup>40</sup>. *“Nos encontramos con ello en el centro de la experiencia de Damasco: San Pablo vio cómo Cristo le salió al encuentro, con su humanidad transformada y glorificada por el Pneuma. Cuando ‘se sintió iluminado por la gloria de este Señor’, se sintió lleno de la fuerza espiritual de quien es el ‘Señor del espíritu’ (...)”*<sup>41</sup>.

Al descubrir las doce fases de nuestro desarrollo personal<sup>42</sup>, advertimos que la forma más entrañable de unión que creamos con los seres del entorno se logra por vía de encuentro, merced a la agudeza del entendimiento y, sobre todo, a la intensidad de la *participación*. Esta participación alcanza su grado más alto cuando descubrimos el ideal de la unidad y optamos por él. Cada uno de nosotros tiene un modo peculiar de intimidad, la que le corresponde por ser un sujeto independiente, un *yo*, y se siente obligado a configurar su existencia desde su exclusiva *responsabilidad*. Pero ser *responsable* significa tener libertad interior suficiente para *responder positivamente* a la apelación de los grandes valores: la verdad, el bien, la justicia, la belleza...

Esta apelación y esa respuesta constituyen el *nivel 3*, en el que nos instalamos al consagrarnos a la realización del ideal de la unidad. Si compartes conmigo este ideal, te abres a mí, me ofreces tus posibilidades creativas, enriqueces mi vida personal. Y yo te correspondo. Nunca conoceré el secreto último de tu persona, ni lo deseo, ni lo necesito, pero sabré que ambos estamos creando un campo de juego donde nuestras vidas se hacen transparentes, pues una vida entregada a la creación incondicional de unidad pierde toda opacidad y se vuelve translúcida. Una transfiguración afín acontece, a menudo, en la

<sup>39</sup> Sobre la teoría del juego, entendido como una actividad creativa, puede verse un amplio estudio en mi *Estética de la creatividad*, Rialp, Madrid <sup>3</sup>1998, págs. 33-183.

<sup>40</sup> *Welt und Person*, p. 121 (*Mundo y persona*, p. 131).

<sup>41</sup> *Ibid.*

<sup>42</sup> Una descripción de estas fases puede verse en mi obra *Descubrir la grandeza de la vida*, Verbo Divino, Estella (Navarra) <sup>3</sup>2007.

experiencia estética. Un ventanal gótico, visto desde fuera, aparece grisáceo, inexpresivo. Contemplado desde el interior del templo, se convierte en un campo de luz, que sugiere la transfiguración que opera la gracia en el alma creyente. Esta luz que irrumpe, poderosa, en las oscuras naves del templo simboliza la capacidad transfiguradora del espíritu de Dios.

Merced a la creatividad coordinamos fecundamente la vida de intimidad y la vida comunitaria. Justamente, la misma energía vital que nos permite sentirnos sujetos independientes, en-frentados a todos los seres del entorno, nos capacita para convertir esta “distancia de perspectiva” en una entrañable forma de “presencia”. Desde nuestra intimidad, y en virtud de lo que ella implica, creamos constantemente campos de juego comunes, que son un lugar de amor y mutuo entendimiento. Esa vida inspirada en el amor respeta la intimidad, no la invade, no intenta dominarla; la estima y colabora a su pleno despliegue. Sólo el amor hace posible unirse verazmente, sinceramente, sin miedo a perderse, enajenarse, ser dominado por una realidad externa y ajena. Se trata de una forma de unidad de *concordia*, en la cual lo mío y lo tuyo dejan de enfrentarse, para convertir sus fronteras en lugares vivientes de *comunicación cordial*. Esta conversión se realiza en el medio diáfano del lenguaje dicho con amor. Nada es más creativo que el amor y el lenguaje inspirado en él. El amor nos hace plenamente libres -seres liberados de la voluntad de dominio, de posesión, de elevación altanera sobre los demás-, y nos permite hacer justicia al otro en lo que es y no tender a dominarlo sino a enriquecerlo, asumiendo sus iniciativas.

Esa liberación interior plena se da al ascender al *nivel 3*. Aquí se advierte, con la luz de las grandes experiencias, que si deseo conocer a otra persona para dominarla y reducirla a condición de medio para mis fines, no lograré penetrar en su núcleo personal. Éste se revela en el campo de iluminación que es el encuentro auténtico, realizado en virtud de la energía que irradia el ideal de la unidad.

Ahora comprendemos a fondo por qué nos advierte Guardini 1) que, si nos alejamos de la justicia, la verdad y el amor, nuestro espíritu enferma, pues se altera nuestro metabolismo espiritual, la necesaria vinculación de nuestra persona con las realidades que colaboran con él a crear un campo de encuentro; 2) que debemos aceptar nuestra condición de personas finitas, limitadas en muchos aspectos pero abiertas al horizonte infinito que nos abre el hecho de haber sido creados por Dios, de forma libre y amorosa, a su imagen y semejanza<sup>43</sup>.

*“La sede del sentido de mi vida -escribe Guardini- no está en mí, sino por encima de mí. Vivo de lo que está por encima de mí”. “...Sólo entiendo mi existencia en la medida en que me acepto a mí mismo como procedente de la libertad de Dios”<sup>44</sup>.*

Ninguna limitación, por penosa que sea, puede anularme como persona, porque el ideal de la unidad y del amor -correlativo a mi condición de hijo de Dios- puedo realizarlo en toda circunstancia, incluso la más sombría<sup>45</sup>.

## La formación de la persona

<sup>43</sup> Cf. *Welt und Person*, págs. 95-96; *Mundo y persona*, págs. 105-106.

<sup>44</sup> Cf. *La existencia del cristiano*, págs. 180-181; Véase, asimismo, *La aceptación de sí mismo (Die Annahme seiner Selbst)*.

<sup>45</sup> Los recursos que el psiquiatra vienés Viktor Frankl -espíritu afín en muchos aspectos a R. Guardini, por su compromiso con los valores humanos- solía movilizar para elevar el ánimo de las gentes desoladas arrancan, en buena medida, del hecho de que el ideal de la unidad constituye una altísima meta en nuestra vida y es, a la vez, una fuente de sentido y energía interior. Basta leer dos de sus obras más significativas: *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1979 (El hombre ante la cuestión del sentido), Piper, Munich <sup>7</sup>1989.

Guardini fue un pedagogo de alto estilo que se esforzó en promover un tipo de formación de la persona muy sólido, inspirado en un conocimiento hondo del ser humano. Por eso situó en la base del proceso formativo la *aceptación de sí mismo*, la conciencia de que uno es *persona*, con sus limitaciones y sus inabarcables posibilidades.

Para comprender lo que es e implica la condición personal, debemos fijar la atención en nuestro ser *concreto*, con la trama de relaciones en que se halla inserto al nacer y los vínculos que va creando a lo largo de la vida, los proyectos que elabora, los valores cuya apelación asume activamente, las transformaciones que experimenta, los encuentros que realiza. Esta complejidad y riqueza de nuestra vida personal hemos de verla por dentro, genéticamente, al hilo de nuestra marcha hacia el pleno desarrollo. Ello nos exige realizar doce descubrimientos, que se polarizan en dos decisivos: el del *encuentro* y el del *ideal de la unidad*<sup>46</sup>.

Si aceptamos nuestro modo de ser, debemos comenzar nuestro desarrollo personal aprendiendo a distinguir modos diversos de realidad y reconocer que algunos seres muestran un carácter *abierto*: tienen cierto poder de iniciativa para ofrecernos posibilidades y recibir las que nosotros les otorgamos. Un poema, por ejemplo, me ofrece sus posibilidades expresivas. Las acojo activamente y les doy vida, dotándolas de un cuerpo sonoro mediante la declamación. Realizo, con ello, una experiencia *reversible*, en la cual logro una forma entrañable de unión con el poema, que pasa de ser distinto, externo, extraño y ajeno a serme íntimo, sin dejar de ser distinto.

Esta experiencia creativa aumenta mi autoestima, mi conciencia de ser un yo activo, eficiente, capaz de dar vida a una realidad extraña que convierto en principio de mi actividad. Con ello incremento mis potencias y mi capacidad de entrega a realidades en principio ajenas y luego íntimas. Esta transfiguración me hace entrever que mi desarrollo personal no se realiza mediante la reclusión en mi yo aislado sino merced a mi colaboración con realidades externas que, por ser ámbitos y no meros objetos, me ofrecen diversas posibilidades.

Esta experiencia clarificadora se incrementa al realizar una experiencia semejante con una persona y crear una relación de encuentro. A la luz de tal experiencia, descubro gozosamente que las condiciones del encuentro -generosidad, apertura veraz, cordialidad, fidelidad...- aparecen cargadas de *valor* porque me permiten desarrollar mi personalidad. Esos *valores* se convierten en *virtudes* cuando los asumo como principio o canon de mi actividad.

Si actúo de forma virtuosa, realizo encuentros auténticos y puedo experimentar en mí mismo sus espléndidos frutos: unidad entrañable, energía interior, alegría, entusiasmo, plenitud, felicidad, paz y amparo, gozo festivo o júbilo. Al sopesar esta experiencia vital, me percaté de que el valor más alto de mi vida -es decir, la realidad que más me ayuda a desarrollarme plenamente como persona- es el encuentro, o, dicho en general, la creación de formas elevadas de unidad con los seres del entorno. Con ello he descubierto el *ideal de mi vida*, que es el *ideal de la unidad*.

Alcanzo, así, una alta cota en mi existencia, desde la cual me es fácil realizar siete descubrimientos, que suponen otros tantos logros en mi vida personal. Al optar por el ideal de la unidad, alcanzo la verdadera libertad -la libertad interior o libertad creativa-, colmo mi vida de sentido, realizo una actividad creativa en todo instante, pienso, siento y quiero de modo relacional, vivo el lenguaje y el silencio como vehículos del encuentro, me oriento por la vía del éxtasis, doy a mi afectividad todo su alcance. Nada de ello me viene impuesto sino concedido, por hallarme abierto, de forma acogedora, a mi realidad y mi entorno vital.

---

<sup>46</sup> De qué modo se realiza esa polarización puede verse en la obra *Descubrir la grandeza de la vida*.

Por eso Guardini considera la “aceptación de sí mismo” –con todas sus implicaciones– como una de las condiciones básicas del desarrollo cabal de la persona humana:

*“La Revelación exige de mí que me acepte a mí mismo como procedente de una voluntad personal, de una libertad, pues la misma Revelación me dice que Dios, en un acto soberano, sin verse forzado, me creó a mí porque así lo quiso. Yo podría también no existir. Existo únicamente por gracia de una voluntad libre. Esto puede resultar difícil de soportar para el sentimiento de dignidad personal propio del hombre que fue creado como señor, cuando dicho sentimiento se pervierte en orgullo y quiere ser señor, no por gracia de Dios, sino autónomo. Sin embargo, sólo estoy en armonía conmigo mismo, sólo entiendo mi existencia en la medida en que me acepto a mí mismo como procedente de la libertad de Dios”<sup>47</sup>.*

La luz que arroja este descubrimiento de lo que es e implica nuestra vida nos permite comprender por dentro los principales rasgos de la persona humana según Guardini.

1. Aceptarme en sentido activo como persona significa, en principio, reconocer que he recibido el ser del Creador –que me llamó a la existencia– y, derivadamente, de mis padres. Esto implica que soy un ser relacional, abierto, llamado a responder a esa donación con una actitud de reciprocidad generosa. He recibido un ser capaz de reflexionar, de asumir la vida como algo propio y decidir *autónomamente* pero de forma *responsable*, atenta a *responder positivamente* a la apelación de lo valioso. Ello implica una actitud decidida y humilde a la vez, porque la humildad es “andar en verdad”, según la certera expresión de Teresa de Ávila.

2. No he decidido yo existir, pero, una vez que existo, debo agradecer el don primario de la vida concreta que he recibido y realizarme dentro de sus límites, convirtiéndome en un bien para los demás. Por grandes que sean mis limitaciones, puedo optar por los grandes valores, en virtud del ideal de la unidad, y realizarlos en toda circunstancia. Esa opción moviliza mi creatividad, me dota de sentido, me otorga libertad interior. Soy auténtico cuando quiero afirmar mi yo y acrecentarlo, pero mi *yo integral*, con sus dos centros operativos: el yo y el tú, es decir, cada una de las personas que trato y la trama de los ámbitos que me rodean y de los que voy creando día a día.

3. Ser limitado no quiere decir estar cerrado a la infinitud. A ésta me abro cuando, mediante la energía que genera mi condición espiritual, opto por los grandes valores y asciendo al *nivel 3*. Al aceptar la finitud y la posibilidad de la infinitud, surge en mí el gozo, la alegría de verme situado en la verdad –bien ajustado al *ordo rerum*–, haciendo justicia al rango de las demás realidades –mediante el ofrecimiento de las posibilidades que necesitan para desarrollarse debidamente– y practicando el bien de modo incondicional.

4. Si aceptamos la finitud pero dejamos de lado nuestro anhelo de infinitud –apertura a lo valioso, incluso en grado supremo–, corremos peligro de apegarnos al afán de dominio, manejo y disfrute de objetos, propio del *nivel 1*. Entonces admiramos la ciencia y la técnica porque aumentan de forma exaltante dicho poderío, pero sentimos desesperación al observar que los avances técnicos no nos garantizan la felicidad, pues no consiguen liberarnos del dolor, la enfermedad, la muerte, la insatisfacción del tedio y el sinsentido. Al hundirse el optimismo de la Edad Moderna –inspirado en el llamado “mito del eterno progreso”–, se sintió un fuerte deseo de una vida nueva, más humana y espiritual. Guardini expresó en sus obras de juventud, singularmente en las *Cartas del lago de Como*<sup>48</sup>, su presentimiento de que se alumbraba una época de gran elevación espiritual. Pero esta

<sup>47</sup> *La existencia del cristiano*, p. 181.

<sup>48</sup> Cf. *O. cit.*, Dinor, San Sebastián 1957. Versión original: *Briefe vom Comer See*, M. Grünwald, Maguncia 1927, <sup>6</sup>1965.

premonición no se cumplió, por no darse las dos condiciones necesarias para que cada persona se responsabilice de su propia existencia: la *reflexión* y la *ascesis*.

5. Reflexionar implica *recogerse* para *sobrecogerse* ante lo valioso y admirable, cultivar el silencio interior, ejercitar la libertad creativa, descubrir nuestro verdadero ideal, advertir dónde radica el sentido pleno de nuestra vida...<sup>49</sup>. Sólo un ideal poderoso, por realista y auténtico, es capaz de aunar las diferentes energías del ser humano y orientarlas hacia el logro de una vida llena de sentido. El *sentido* es el *modo singular de significado* que brota en el contexto al que pertenece una acción. Atender al contexto requiere la calma de la contemplación, que es un mirar silencioso, recogido y sobrecogido ante la grandeza de lo excelente.

Guardini recomendaba vivamente a los jóvenes congregados en el castillo de Rothenfels que vivieran *recogidos*, a fin de experimentar con la mayor energía espiritual el peso de la propia existencia y ser fieles a sus exigencias<sup>50</sup>. Si no nos recogemos en el silencio de la contemplación, tendemos a dominarlo todo, como si fuera un objeto, o a dejarnos dominar para no sentirnos responsables. Pero no ser responsables significa no responder a la llamada que nos dio el ser, y aniquilar, así, de raíz las mejores posibilidades de nuestra vida.

*“Mi existencia es un misterio -escribe Guardini-. (...) Este misterio consiste en el hecho de que el pensar y el querer infinitos de Dios se expresan en mi ser finito; su carácter absoluto constituye el fundamento de mi finitud. El misterio tiene un carácter totalmente positivo: aunque no sea capaz de comprenderme a mí mismo, yo soy comprendido. No tengo mi origen en la ciega actuación de una naturaleza; procedo de un acto de comprensión y vivo en un permanente ser comprendido. Este acto de comprensión radica en Dios. En la medida en que me aproximo a Dios y participo de él, me acerco a mi propia comprensión. La sede del sentido de mi vida no está en mí, sino por encima de mí. Vivo de lo que está por encima de mí. En la medida en que me encierro en mí o -lo que viene a ser lo mismo- me encierro en el mundo, me desvío de mi trayectoria”<sup>51</sup>.*

Esta idea la expuso Guardini en una conferencia cuyo título condensa una de las ideas madre de su Antropología: *Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre*<sup>52</sup>. Al hablar del pensamiento, la intuición, las formas y la sabiduría de los primeros quince siglos del Cristianismo, afirma que el hombre penetraba entonces en sus propias raíces:

*“Remontándose hasta Dios, encuentra su verdad. Experimentando la interioridad de Dios, capta su propia interioridad. Entreviendo la grandeza de Dios, es consciente de su propia añoranza. La ciencia actual es incapaz de leer el arte de esa época. Sabe una inmensidad de datos y relaciones, formas y estilos, pero no ve lo realmente peculiar: el encuentro del hombre consigo mismo al encontrarse con Dios, ya se trate de la figura misma del hombre o del espacio con rostro humano en*

<sup>49</sup> Sobre estos temas nos ofrece Guardini bellas y profundas precisiones en sus *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, Madrid 2000 (versión original: *Briefe über Selbstbildung*, M. Grünewald, Maguncia 1925, <sup>11</sup>1968).

<sup>50</sup> Cf. *El bien, la conciencia y el recogimiento*, en *La fe en nuestro tiempo*, Cristiandad, Madrid 1965, págs. 116 ss. Versión original: *Das Gute, das Gewissen und die Sammlung*, M. Grünewald, Maguncia 1929, <sup>5</sup>1962. Véase, además, la obra *Voluntad y verdad*, Dinor, San Sebastián 1962 (versión original: *Wille und Wahrheit*, M. Grünewald, Maguncia <sup>2</sup>1950).

<sup>51</sup> *La existencia del cristiano*, p. 180.

<sup>52</sup> Cf. *Nur wer Gott kennt kennt den Menschen*, Werkbund, Würzburg 1952. Nueva edición en 1965 – junto con *Das Ende der Neuzeit* – con el título *Den Menschen erkennt nur wer von Gott weiss*, editoriales M. Grünewald y F. Schöning. Versión española (no del todo conseguida): *Quien sabe de Dios conoce al hombre*, PPC, Madrid 1995.

*la iglesia, el palacio o la casa; del destino del hombre en la poesía y el drama, o de la vida de su corazón en la música*<sup>53</sup>.

Aunque Guardini se siente más deudor de Theodor Haecker que de Ferdinand Ebner<sup>54</sup>, explana en este punto una sugerencia hecha por Ebner en su primera gran obra<sup>55</sup>. “Sólo religiosamente -escribe Ebner-, es decir, en su relación con Dios se capacita el hombre para entenderse a sí mismo; sólo en esta relación y a través de ella se comprende a sí mismo cuando pronuncia la frase más sencilla, la aparentemente más obvia y para él más clara: ‘Yo soy’”. Guardini era consciente de que no adoptaba la posición más grata al clima cultural de su época. De ahí su temor de que no fuera bien recibida por sus alumnos universitarios la Segunda Parte de sus lecciones de Ética, en la cual se esfuerza por fundamentar la vida moral en lo incondicionalmente válido (*gültig*), lo eterno que da solidez a la vida fluyente finita y consigue no sólo que llevemos una vida recta sino que iniciemos una “vida nueva”<sup>56</sup>. Sin el anclaje decidido en lo divino, la vida humana se ve privada de su fundamento último y su sentido. Esta carencia provoca un vacío propicio a toda suerte de pesimismo nihilista y de violencias. Al comienzo de *Una ética para nuestro tiempo*, Guardini afirma con satisfacción que, a la vista de la buena acogida que tuvieron las lecciones que dieron lugar a esta obra, “nuestro tiempo, a pesar de todo su escepticismo, anhela una interpretación de la vida cotidiana a partir de lo eterno”<sup>57</sup>.

La *ascesis*, por su parte, nos enseña a tomar las riendas de nuestra vida -sin dejarnos arrastrar por nuestras propias tendencias o por el influjo de una opinión pública banal y manipuladora- y encauzar nuestras energías hacia el logro del verdadero ideal<sup>58</sup>. Debemos actuar con libertad interior, en conciencia, seguros de que la conciencia es el lugar donde resuena la llamada del bien, la justicia, la verdad, la belleza. La educación ha de consistir en habituarnos a vivir libre y lúcidamente en vinculación a los valores que dan pleno sentido a nuestra existencia. Esta forma equilibrada de conducirse exige sacrificio, dominio de sí, orientación de todas las energías hacia el gran ideal que todo lo ensambla y sostiene, como una clave de bóveda. Esa acertada orientación sólo es posible cuando no vivimos en la superficialidad del *nivel 1* sino en la profundidad propia de los niveles 2 y 3. La *ascesis* no intenta mutilar nuestras iniciativas y someternos al tormento de renunciar a las mejores posibilidades. Quiere, por el contrario, enseñarnos a tomar distancia de nuestras apetencias inmediatas para elegir aquello que mejor nos lleva a realizar el ideal de la unidad, ideal que consiste en optar *incondicionalmente* por los valores más altos: la unidad, la bondad, la justicia, la belleza.

6. Si nos recogemos en profundo silencio interior, para ver en bloque diversas realidades y acontecimientos, y nos preguntamos cómo es posible que -si nos movemos en el *nivel 3*- estemos dispuestos a tratar siempre con bondad y justicia incluso a quienes adopten una actitud hostil, no podemos responder si no damos un salto cualitativo y nos elevamos al nivel religioso, el *nivel 4*. Debemos pensar que todos procedemos de un mismo Padre, el Ser absolutamente justo y bueno que nos creó a su imagen y semejanza y nos concedió, así, una dignidad tal que ni la conducta más desarreglada puede destruir. Ese acto creador fue realizado mediante una palabra de amor, una invitación generosa a existir. La única respuesta adecuada por nuestra parte a tal invitación será la que exprese una actitud *agradecida*, afín por tanto en generosidad y dispuesta a acoger incondicionalmente a los demás.

<sup>53</sup> *Den Menschen erkennt nur, wer von Gott weiss*, Grünewald/Schöning, Maguncia 1965, p. 56.

<sup>54</sup> Cf. *Welt und Person*, p. 114; *Mundo y persona*, p. 124.

<sup>55</sup> Cf. *Das Wort und die geistigen Realitäten*, p. 75; *La palabra y las realidades espirituales*, p. 65.

<sup>56</sup> Cf. *Ética*. Parte Segunda: Ética y Revelación (El ethos cristiano), págs. 731-915; *Ethik*. Zweiter Teil: Ethik und Offenbarung (Das christliche Ethos), págs. 977-1247.

<sup>57</sup> *O. cit.*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1974, p. 11. Versión original: *Tugenden. Meditationen über Gestalten sittlichen Lebens*, Werkbund, Würzburg 1963.

<sup>58</sup> Cf. “Askese als Element des menschlichen Lebens”, en *Vom stilleren Leben*, Werkbund, Würzburg 1856. Edición en audiocasette, con Guardini como locutor, en M. Grünewald, Maguncia 1990.

Al ascender al *nivel 4*, se vislumbra el profundo sentido de estas sentencias de Pascal: “A medida que se tienen más luces, se descubre en el hombre más grandeza y más bajeza. (...) ¿Quién se asombrará al ver que la religión no hace sino conocer a fondo lo que se conoce tanto más cuantas más luces se tienen? Lo que los hombres, por sus grandes luces, habían podido conocer se lo enseñaba esta Religión a sus niños” (ns. 443,444).

7. Lo antedicho nos permite comprender la razón profunda por la que Guardini se esforzó en todo momento por superar una moral entendida como “doctrina de lo prohibido” y “hacer justicia a la elevación viva, a la grandeza y la belleza del bien”, entendido éste como “aquello cuya realización es lo que de veras hace al hombre ser hombre”<sup>59</sup>. La profunda reflexión sobre el hombre realizada durante los sombríos *doce años* del Nacionalsocialismo llevó a Guardini a subrayar la necesidad de buscar la madurez en el ascenso a niveles superiores de realidad y de vida:

*“Hemos recibido una amarga lección -escribe- sobre lo que ocurre cuando la autoridad se hace cargo de lo que es asunto de la libertad. Pero su filosofía (la de Platón) ha puesto en claro para siempre una cosa: tras la confusión de la sofística ha mostrado que existen valores incondicionados, que pueden ser conocidos, y, por tanto, que hay una verdad; que esos valores se ensamblan en la elevación de lo que se llama ‘el bien’, y que ese bien puede realizarse en la vida del hombre, según las posibilidades dadas en cada caso. Su filosofía ha mostrado que el bien se identifica con lo divino, pero que, por otra parte, su realización lleva al hombre a su propia humanidad, al dar lugar a la virtud, la cual representa vida perfecta, libertad y belleza. Todo ello tiene validez para siempre, incluso para el día de hoy”<sup>60</sup>.*

8. Esta aceptación de nuestro ser finito creado y, derivadamente, de nuestra condición relacional instaaura un estado de encuentro entre Dios y el hombre que en la Revelación cristiana recibe un nombre venturoso: *Paraíso*. Lo que significa este género de vida autónoma y heterónoma a la par, emprendedora y obediente, equilibrada y anhelante, sosegada y tensionada fue expuesto por Guardini, en la Universidad de Múnich, en unas lecciones memorables<sup>61</sup>.

*“El primer hombre -escribe- vive con una vida que se deriva del hecho de haber sido llamado por Dios. Realiza esta vida de modo lúcido y obediente. Dios establece con el hombre esa comunidad de sentimiento y de vida que la teología denomina ‘gracia’, y el hombre la vive merced a la fe y el amor. A partir de este centro surge un ‘medio’ o espacio vital: el hombre se encuentra con las cosas, con el otro hombre, así como consigo mismo; ve, experimenta, conoce, valora, se apropia de las cosas, les da forma. Al disponer así de lo que existe, se configura una situación que la Escritura expresa mediante la imagen del ‘jardín’. La imagen es certera, pues el jardín, en contraposición a la naturaleza libre, es un ámbito en el que la naturaleza y la vida del hombre se compenetrán mutuamente. En esta imagen se expresa la armonía que va de Dios al hombre y del hombre a las cosas. Esto es el paraíso. No se vive en él una vida de cuento de hadas, feliz y despreocupada, ni es un país de Jauja, sino algo real y serio. Bien pensado, el concepto de paraíso constituye una de las ideas fundamentales para la comprensión de la historia”<sup>62</sup>.*

<sup>59</sup> *Una ética para nuestro tiempo*, p. 12.

<sup>60</sup> *O. cit.*, p. 11.

<sup>61</sup> Cf. *La existencia del cristiano*, págs. 98-140.

<sup>62</sup> *O. cit.*, p. 115.



9. Lo antedicho nos permite comprender todo el alcance que tienen en la Antropología de Romano Guardini las dos ideas madre que la inspiran: 1) “El hombre supera infinitamente al hombre” (“*L’homme dépasse infiniment l’homme*”, Blas Pascal); 2) “Sólo quien conoce a Dios conoce al hombre” (Guardini).

## Bibliografía

De la amplia Bibliografía de R. Guardini indicamos algunas obras relacionadas con la Antropología. Una Bibliografía prácticamente completa puede verse en mi obra *Romano Guardini, maestro de vida*, Palabra, Madrid 1998, págs. 393-411.

- *Cartas sobre la formación de sí mismo*, Palabra, Madrid 2000. Versión original: *Briefe über Selbstbildung*, M. Grünewald, Maguncia <sup>11</sup>1968.
- *Ética*, BAC, Madrid 1999; *Ethik*, 2 vols., M. Grünewald, Maguncia 1993.
- *Las etapas de la vida. Su importancia para la ética y la pedagogía*, Palabra, Madrid 1997; *Die Lebensalter*, M. Grünewald, Maguncia <sup>7</sup>1996.
- *La aceptación de sí mismo*, Cristiandad, Madrid <sup>6</sup>1983; *Die Annahme seiner Selbst*, M. Grünewald, Maguncia <sup>2</sup>1990
- *Der Weg zum Mensch-Werden* (La vía para llegar a ser hombre), M. Grünewald, Maguncia 1975.
- *Mundo y persona. Ensayos para una teoría cristiana del hombre*, Encuentro, Madrid 2000; *Welt und Person*, Werkbund, Würzburg <sup>5</sup>1962.
- *El poder. Una interpretación teológica*, Cristiandad, Madrid 1981; *Die Macht*, M. Grünewald, 1986.
- *Preocupación por el hombre*, Cristiandad, Madrid 1965; *Sorge um den Menschen I*, M. Grünewald, Maguncia 1988.
- *Sorge um den Menschen II*, M. Grünewald, Maguncia 1989.